



Al atravesar la antecámara el comisario hizo una seña a los dos guardias, que se colocaron uno a la derecha y otro a la izquierda de Dantés. Abrieron una puerta que comunicaba los apartamentos del procurador del rey con el juzgado, y siguieron algún tiempo por uno de esos largos pasillos sombríos que hacen estremecerse a los que pasan por ellos, incluso cuando no tienen motivo alguno para estremecerse. (...) Tras muchísimos rodeos por el pasillo que recorría, vio Dantés abrirse una puerta con rejilla. Con una aldaba de hierro dio el comisario tres golpes que para Dantés resonaron como si se los hubieran dado en el corazón, la puerta se abrió, y los dos guardias empujaron levemente al preso, que todavía vacilaba. Cruzó Dantés el temible umbral y la puerta se cerró ruidosamente tras él. Allí respiró un aire diferente, un aire mefítico y cargado: estaba en la cárcel.

Fue conducido a una celda bastante limpia, aunque enrejada y con cerrojos. El resultado fue que el aspecto de su aposento no le causó excesivo temor. (...) Era, como queda dicho, el primero de marzo, y pronto el preso se encontró, pues, con que era de noche. Entonces el sentido del oído se intensificó en él sobre el sentido la vista, que acababa de apagarle, y al mínimo ruido que llegaba hasta él, convencido de

que venían a ponerle en libertad, se levantaba rápidamente y daba un paso hacia la puerta, pero pronto el ruido se alejaba y moría en otra dirección y Dantés volvía a dejarse caer en su taburete. Por fin, hacia las diez de la noche, (...) unos pasos sonaron en el pasillo y se detuvieron ante la puerta, una llave giró la cerradura, chirriaron los cerrojos y la maciza barrera de roble se abrió dejando ver de repente en la oscura celda la deslumbrante luz de dos antorchas. A la luz de aquellas dos antorchas vio Dantés brillar los sables y mosquetones de cuatro guardias. (...)

-¿Vienen ustedes a buscarme? -preguntó Dantés.

-Sí -respondió uno de los guardias.

-¿De parte del señor sustituto del procurador del rey?

-Eso creo.

-Bien -dijo Dantés-, estoy listo para seguirlos.

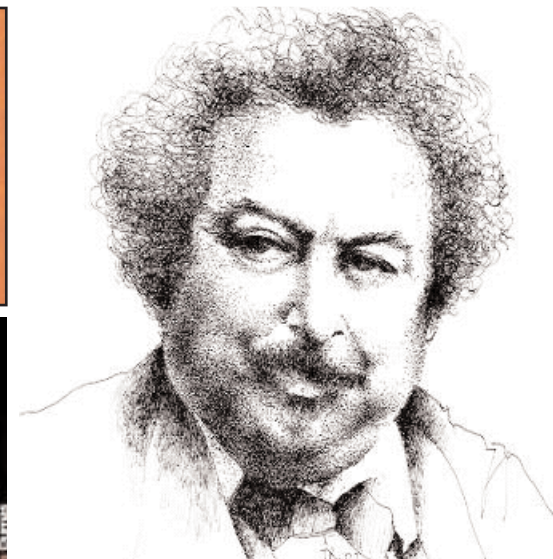
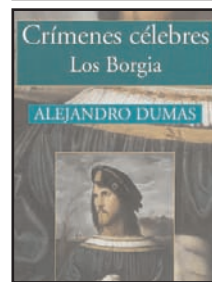
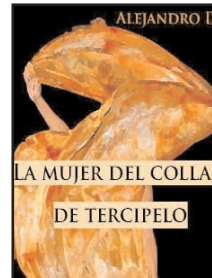
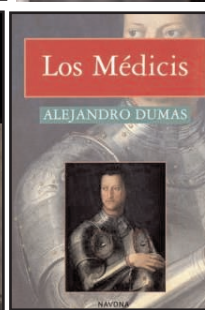
La convicción de que venían a buscarle de parte del señor de Villefort disipaba todos los temores al desgraciado joven, así que se adelantó, sereno de espíritu y con andar desenvuelto, y se colocó él mismo en medio de la escolta. Un coche esperaba a la puerta de la calle, el cochero estaba en el pescante, y un brigada estaba sentado junto al cochero.

-¿Es para mí ese coche? -preguntó Dantés.

-Es para usted -respondió uno de los guardias-; suba.

Quiso Dantés hacer algún comentario, pero la portezuela se abrió y sintió que lo empujaban. No tenía posibilidad y tampoco intención de oponer resistencia, y se halló en un instante sentado en la testera del coche entre dos guardias; los otros dos se sentaron en el asiento delantero y el pesado vehículo echó a rodar con un ruido siniestro. El preso dirigió los ojos hacia las aberturas y estaban enrejadas: no había sino cambiado de cárcel, sólo que ésta corría y le llevaba corriendo hacia un destino desconocido. (...) Pronto vio, tras aquellos barrotes y los del edificio junto al que se hallaba, brillar las luces de la Consigna. El coche se detuvo, el brigada se apeó, se acercó al cuerpo de guarsia, salió una docena de soldados y se colocaron haciendo calle. A la luz de los faroles del muelle veía Dantés relucir sus fusiles. "¿Será para mí -se preguntó- para quien despliegan semejante fuerza militar?" Al abrir la portezuela, cerrada con llave, el brigada, sin pronunciar ni una sola palabra, respondió a aquella pregunta, pues Dantés vio que las dos filas de soldados le hacían camino desde el coche hasta el puerto.

Dumas, Alejandro: El conde de Montecristo  
 Madrid, Anaya, 1999 (páginas 74-75)  
 Signatura de la Biblioteca: 82.j-DUM-con



El Conde de Montecristo narra la historia de Edmond Dantes, un joven que estuvo encarcelado durante trece años por un crimen que no cometió. En prisión conoce a un anciano, quien no sólo siembra en él el deseo de fuga, sino que se convierte en su maestro, su guía y su amigo al entregarle un mapa donde marca el escondite de un tesoro de incalculable valor. La segunda parte de la historia cuenta cómo Edmond Dantes, ahora transformado en el Conde de Montecristo, decide ejecutar su venganza. Uno a uno, sus enemigos deberán caer en su red para ser sentenciados por su propia justicia. La clemencia, la moral, el amor y la amistad se convierten en pruebas que este nuevo Conde deberá enfrentar para satisfacer su rencor y sus deseos de venganza, o convertirse en el hombre que dejó de ser muchos años atrás.

Conocemos a Alejandro Dumas como el autor de la trilogía de la que son protagonistas D'Artagan y los tres mosqueteros. El conde de Montecristo es otra de sus obras maestras conocida por todos y, ahora te invitamos a leer otras muchas de sus apasionantes historias como El tulipán negro. Novelas de terror como Los mil y un fantasmas, La mujer del collar de terciopelo y El testamento de H. de Claverlim. Novelas históricas como El caballero de Harmental, El collar de la reina, Los Médicis, Crímenes célebres y La reina Margot.